

Megan Maxwell

Los príncipes azules también destiñen

Esencia/Planeta

Capítulo 1



California, 22 de mayo de 1995

¿Realmente existe el flechazo?

En el caso de Sam y Kate, lo sintieron en el momento en que sus miradas coincidieron una calurosa tarde de mayo, mientras sonaba la música de los Beach Boys en la radio de aquel bar de la playa de California.

Michael, el amigo de Sam, se dio cuenta de cómo éste miraba atontado a aquella muchacha rubia que había en el grupo del fondo.

—¿Tiene un cuerpo bonito? —comentó Michael.

—Tiene más cosas de las que tú ves —respondió el otro sin poder dejar de mirarla.

—Sam... No me asustes... ¿qué te pasa?

—No lo sé, pero creo que me he enamorado.

—¡Dios mío! —gritó Michael—. ¡Aire!... ¡Aire! ¡A Sam le falta aire!

—Calla, idiota. —Rio al comprobar que aquella chica lo miraba también a él.

No podía apartar los ojos de aquella muchacha; era preciosa. Tenía el cabello rubio brillante, y unos dulces ojos verdes que lo habían dejado sin aliento la primera vez que lo miró. Estaba encantadora con aquel peto vaquero. Y la camiseta blanca hacía resaltar su tostada piel.

—Es lo más bonito que he visto en mi vida —susurró atontado.

—No está mal —reconoció Michael tras mirar a la joven de larga cabellera rubia.

Al otro lado de la barra, Kate tampoco podía dejar de mirar a aquel muchacho. No era la primera vez que lo veía, pero, al darse cuenta de que él también la observaba, se sintió torpe.

—Kate —preguntó Shalma—. ¿Ése no es el chico de la playa?

—Sí, es él —respondió tras dar un trago de su Coca-Cola.

—Vaya... vaya, te come con la mirada.

—No es para tanto —respondió Kate, aunque sabía que era cierto.

—Menos mal, chica. Un poco más y se acaba el curso y no se fija en ti.

Shalma tenía razón. Kate se había fijado en él al mes de estar allí estudiando. Pero él siempre estaba demasiado ocupado con sus amigos, el surf o las chicas como para mirar hacia otro lado. Pero ese día, sin saber por qué, finalmente sus miradas se habían encontrado. Kate bajaba muchas tardes a la playa y se sentaba en la arena a leer, y desde allí observaba cómo Sam hacía surf, siempre junto a su amigo. Aquel chico moreno que parecía su sombra, aunque en realidad, no sabía exactamente quién era sombra de quién. Lo cierto era que siempre estaban juntos allá donde los vieras. Muchas veces, en especial si el mar estaba más bravo, si te acercabas a la playa, los podías ver haciendo surf. Se les daba bastante bien. Si los observabas el tiempo suficiente, comprobabas que sabían muy bien lo que hacían cuando se metían en el mar con sus tablas.

A Kate le encantaba observarlos. Eran atractivos, y vestían con un aire desenfadado. Debían de medir un metro noventa, morenos de piel y pelo negro como el azabache, que siempre llevaban recogido en una coleta y, como decía Shalma, con un cuerpo musculoso y atlético que quitaba el hipo. Sus sonrisas y aquel aire polinesio los hacían especiales. Aunque quizá en el amigo de Sam era aún más latente que en él.

Kate, acalorada, dejó su vaso sobre la barra y fue al servicio a echarse un poco de agua en la nuca. Estaba tan nerviosa que las manos le sudaban. Al salir del baño oyó cómo alguien se dirigía a ella.

—Hace calor, ¿verdad?

—Sí —consiguió responder al ver a quién pertenecía aquella voz.

Sam no pensaba desaprovechar la oportunidad de hablar con ella.

—Hola, me llamo Sam Malcovich. —Sonrió tendiéndole la mano.

—Y yo soy Michael Talaua —dijo su amigo. Pero al ver la mirada que Sam le dirigió, enseguida añadió—: Y ya me iba. Adiós.

—Encantada. —La joven sonrió y, clavando los ojos en Sam, dijo—: Mi nombre es Kate Dallet.

Capítulo 2



Pasaron los meses y la magia entre Kate y Sam surgió de una manera salvaje como suele ocurrir cuando las flechas de Cupido llegan al corazón. Muchas tardes, Kate esperaba a que Sam y Michael terminaran de trabajar en el burger para salir con ellos, en especial con Sam. Fueron muchas las madrugadas en las que Kate se acercaba a la playa para verlos hacer surf. Al principio Shalma la acompañaba, pero con el tiempo se cansó y prefirió quedarse en la cama. Un día, mientras Kate observaba cómo se divertían con las tablas en el mar, decidió que quería saber más sobre ese deporte que tanto los apasionaba, y cuando Sam salió del agua y se tiró junto a ella en la arena le dijo:

—Me gustaría que me explicaras más cosas sobre el surf.

—¿Qué quieres que te cuente? —La miró mientras las gotas de agua salada le chorreaban provocativamente por el pelo.

—Lo que quieras —insistió besándolo.

—Ok, princesa —asintió él, y echándose el pelo para atrás empezó—. Te contaré lo que nos explicaba Mahuto, un hombre mayor que vivía al lado de nuestra casa. Este hombre era un antiguo surfista y siempre nos decía que el surf era uno de los deportes más antiguos del mundo. Por lo visto, en la antigüedad, los polinesios hacían campeonatos que eran considerados duelos; amorosos o de cualquier otra índole.

—¿Duelos? —Kate sonrió.

—El duelo consistía en coger olas en los rompientes más arriesgados. Según nos contaba Mahuto, era raro pasar un fin de semana sin que hubiera unos cuantos duelos. Se dice que ya en el año 1770, el capitán James Cook describió en su diario un extraño ejercicio que practicaban los nativos de mis islas cuando se adentraban en el mar sobre sus tablas de madera y que denomi-

naban *choroe*, que para ellos significaba «pillar olas», «cabalgar olas», etcétera. El surf siempre ha sido para nosotros un modo de vida, incluso se construían templos llamados *Heyau*, en los cuales se dejaban ofrendas y el *Kahuma*, que significa «brujo de la tribu», rezaba para que vinieran buenas olas.

—¿De verdad que rezaban para que vinieran buenas olas?

—Sí, cariño, ya te he dicho que el surf, en Hawái y las islas es un modo de vida. ¿Quieres que continúe?

—Por supuesto. Es muy interesante —asintió Kate.

—Cuando murió el capitán Cook, un tal James King escribió también sobre los hawaianos y su particular forma de divertirse haciendo malabares peligrosos y asombrosas piruetas sobre una tabla en el mar. Con el tiempo, la Iglesia se metió por medio. No veía con buenos ojos a quienes practicaban el surf, se les llegó a acusar de indecentes por practicarlo medio desnudos. Por eso durante un tiempo aquel fenómeno llamado *choroe*, junto con la danza del *hula*, fueron duramente castigados y la gente dejó de practicarlos con la libertad de otras épocas. Pero como todo en esta vida, con el tiempo siempre hay alguien que ayuda a que regresen las cosas buenas, y surgieron movimientos hawaianos que exigieron que se recuperaran su pasado y su historia, y volvieron a darle al surf la importancia que siempre había tenido en la isla.

Kate le escuchaba con atención. Se notaba pasión cuando hablaba de su hogar.

—Se habló de John Papa Li, un hombre que escribió acerca de cómo se practicaba aquel deporte, pero sobre todo se centró en hablar de los tipos de madera que se usaban para hacer aquellas maravillosas planchas, tratadas con aceites y esencias. George Freeth, más conocido como Brown Mercury, fue un surfista medio irlandés, medio hawaiano. Él fue el primero en mostrar al resto del mundo lo que era el surf. Durante los años que vivió en California, se dedicó a enseñar a todo aquel que quisiera a surfear al estilo hawaiano. Por desgracia murió joven, pero por suerte para nosotros y para el surf, en Redondo Beach hay un busto de bronce en su memoria, en cuya placa se puede leer la siguiente leyenda...

—«EL PRIMER SURFISTA DE EE.UU., EL JOVEN QUE RECIBIÓ EL ÚLTIMO ARTE DE LA POLINESIA, EL SURF.» —Señaló Michael mientras se sentaba junto a ellos.

—Muy bien, hermano. —Sam sonrió y prosiguió—: Duke Kahanawoku, entre otros, creó en Waikiki el club de surf Hui Nalo. Duke fue campeón olímpico de natación en 1912, y en 1915 Australia lo invitó a visitar sus playas, en concreto una playa al norte de Sídney. Allí impartió clases de surf y construyó una tabla de madera de secuoya, a la que hizo terriblemente famosa, y que aún se encuentra en el club de surf australiano que fundó allí. El resto... ya te puedes imaginar. La gente comenzó a practicarlo, aunque, en honor a la verdad, los hawaianos somos los reyes en este deporte.

—No lo dudes. —Michael sonrió al ver cómo se pavoneaba delante de Kate.

—Es fascinante —dijo ésta también con una sonrisa.

—Sí, el surf es fascinante —respondió Michael mirando al mar.

A la mañana siguiente, cuando pasaron a recoger a Kate, se sorprendieron al verla esperándolos enfundada en un traje de neopreno azul y con una tabla bajo el brazo. Kate, al ver sus caras, no pudo reprimir una sonrisa cómplice.

—Lo siento, chicos, pero ya me he cansado de mirar. Vais a tener que dedicaros durante un tiempo a enseñarme; yo también me quiero divertir, quiero saber qué se siente cuando «coges una buena ola», como decís vosotros.

—Vaya —dijo Michael sonriendo—, los tienes bien puestos, Kate; así me gustan a mí las chicas. ¿No tendrás alguna hermana?

Kate sonrió y puso los ojos en blanco.

—Ésta es mi chica —se enorgulleció Sam, cogiéndola por la cintura—. Cada día estoy más loco por ti. Venga, vamos a la playa.

Y así empezó el aprendizaje de Kate. Los primeros días fueron duros, y lo que más hacía era tragar agua y revolcarse por la playa. Pero pronto le enseñaron que, para ponerse en pie sobre una tabla, debía repartir el peso del cuerpo entre los dos pies y doblar las

piernas, y que el pecho debía caer hacia delante; le explicaron qué era un *take off*, el pato, el tubo, y cómo había que balancear los hombros en el sentido en que rompía la ola para hacer un *bottom turn* y así poder girar; aprendió que antes de meterse en el agua siempre tenía que controlar dónde estaban las rocas, o hacia dónde iba la corriente, o cómo eran las olas. También le enseñaron a que no esperara a salir del agua hasta que estuviera agotada, sino que tenía que hacerlo cuando sintiera frío o notara los primeros indicios de cansancio.

Practicando casi a diario y con una tremenda fuerza de voluntad que sorprendió a ambos, Kate consiguió aprender y, con el tiempo, comenzó a disfrutar. Así, cada mañana, cualquiera podía ver cómo los tres acudían a la playa con sus tablas enganchadas a los tobillos y bailaban con las olas.

Capítulo 3



El curso acabó, llegaron las vacaciones de verano, y cada uno debía volver a sus respectivos hogares. Kate, a su elegante casa en Nueva York, y Sam, junto con Michael, a Oahu, una de las islas de Hawái, donde habían vivido y crecido, y donde compartían una bonita casa frente al mar.

Pero, así como Kate volvía con su acaudalada familia a su hogar, los muchachos sólo se tenían a ellos mismos. Se habían conocido en la casa de acogida para niños sin hogar de Oahu, y juraron que nunca se separarían, cosa que hasta el momento habían cumplido. Eran su única familia, y eso era importante para ellos. Habían sido abandonados en la casa de acogida por circunstancias diferentes, pero con un trasfondo parecido.

En el caso de Sam, cuando cumplió la mayoría de edad, se enteró de quiénes habían sido sus padres: su padre había sido un inglés llegado a la isla, y su madre una muchacha llamada Thalma, quien fue repudiada por su familia por haberse enamorado de un extranjero. El pequeño Sam se quedó solo en el mundo al perecer sus padres en un trágico accidente aéreo. Ni en Hawái, ni en Londres; nadie quiso hacerse cargo del muchacho de seis años, y así fue a parar a la casa grande amarilla, donde la encantadora mamá Daula lo cuidó e hizo todo lo posible para transmitirle los valores de una familia.

Michael, por su lado, sólo sabía que sus padres habían sido dos jóvenes nativos humildes, y que cuando su madre, presionada por su entorno, lo llevó a la casa grande amarilla, pidió y suplicó que se llamara Michael. De su madre también sabía que se llamaba Thalía y que le había dejado la mitad de un corazón de plata muy trabajado que mamá Daula le entregó al cumplir dieciocho.

Pasaron los años, y consiguieron terminar sus estudios gracias a las ayudas que les proporcionó mamá Daula y, llegado el mo-

mento de ingresar en la universidad, pudieron matricularse en una estatal donde ambos cursaron Derecho. Siempre habían creído que aquella carrera les serviría para ayudar a la gente, pues por su experiencia conocían a muchas personas a las que podrían serles de ayuda.

Kate y Sam estaban desesperados. Era la primera vez que dejarían de verse durante unos meses, y a Sam eso le partía el corazón. Kate se echaba a llorar sólo con pensarlo.

—Te llamaré todos los días —prometió Sam mientras la besaba—. Recuerda, te quiero y te llamaré todos los días, y no dejaré de pensar en ti ni un solo momento.

—No te olvides de mí —susurró Kate mirándolo.

Sam la miró con ojos de enamorado, y tras darle un dulce beso en los labios murmuró:

—Eres lo más bonito y preciado que tengo, aunque quisiera no podría olvidarme de ti en la vida.

Y efectivamente no se olvidó de ella.

Aquel verano lo llamó cada día a su casa, trabajó todo lo que pudo y cuando llevaba sin verla casi dos meses, una mañana apareció por sorpresa en Nueva York con un enorme ramo de rosas rojas. Llamó al timbre de su puerta y le abrió Serena, la madre de Kate, quien al ver a semejante muchacho con cara de circunstancias y con un maravilloso ramo en la mano, dedujo que era el Sam que tanto nombraba su hija.

Esbozó una sonrisa cómplice y llamó a Kate, y ésta, al salir y verlo allí, se lanzó a sus brazos y lo besó sin ningún recato delante de su madre. Sam se quedó pasmado en un principio, pero al ver que la madre de la muchacha los miraba llena de alegría, dejó caer el ramo, abrazó a Kate, y dio gracias al cielo por haber cogido aquel avión.

Serena estaba encantada de ver a su hija tan feliz. Pudo comprobar de primera mano que aquel muchacho era tan maravilloso como su hija le había contado. En aquel viaje lo acompañó Michael, quien en un principio le había dicho a Sam que fuera él solo a Nueva York. Pero éste le indicó que nunca se habían sepa-

rado, y que aquélla no iba a ser la primera vez. Así que, tras reunir sus ahorros, embarcaron juntos.

Terry, la hermana pequeña de Kate, tuvo que reconocer que aquellos que tenía enfrente eran tal y como le había contado su hermana. Lo que más le gustó de ellos era lo diferentes que eran de los chicos que ella conocía en Nueva York. Sus amigos solían ser hijos de padres adinerados que se quejaban por norma de lo que no tenían. En cambio, los chicos que estaban frente a ella prácticamente no tenían nada, ni a nadie, salvo a ellos mismos, y con su valentía y sus ganas de vivir, salían adelante sin quejas. Pronto se dejó seducir al oírlos hablar del surf, de coger olas gigantescas, del mar, de los cielos estrellados... Lo que a otros chicos les parecía soso y aburrido, como contemplar el cielo nocturno con el ruido del mar de fondo, a Sam y a Michael les maravillaba.

A sus diecisiete años Terry se quedó impresionada con Michael... era guapísimo. Encontraba encantadores sus ojos negros rasgados, que estaban llenos de vida, quizá los más bonitos que había visto jamás. Los vaqueros sin marca le quedaban estupendos, y la camiseta verde que llevaba junto con la cazadora tejana le sentaba mejor que a nadie.

Durante los años siguientes Sam y Michael se encargaron de cuidar a cada una de las tres mujeres que habían entrado en su vida. Y cuando finalizaron la carrera, la misma noche de la graduación, Sam le pidió a Kate matrimonio y ésta aceptó. Se casaron en una boda de lo más romántica. De viaje de novios Sam la llevó a Hawái, donde, orgulloso, le presentó a mamá Daula. Poco tiempo después, Shalma, la mejor amiga de Kate, se casó embarazada con un tipo que nada tenía que ver con ella. Tuvo mellizos y se separó. Terry, la alocada hermana de Kate, tras ir de fiesta a Las Vegas y pasar una noche loca, amaneció casada con un tal Morgan. Aquello fue un bombazo para su madre, y un disgusto horroroso para Michael.

Sam y Michael se afincaron de forma definitiva en Nueva York y terminaron por adaptarse a la frenética vida de la ciudad, aunque fueron muchas las veces que Kate los oía hablar con nostalgia

de Hawái, de las olas, de los amigos que habían dejado atrás, de mamá Daula...

Con mucho esfuerzo, Kate y Sam consiguieron abrir su propio bufete: Dallet & Malcovich. Un negocio que enseguida funcionó a la perfección pero que les exigía mucha dedicación, trabajo y energía.

Tras unas semanas que habían resultado especialmente estresantes para ambos, Sam y Kate decidieron tomarse una noche libre para ellos dos.

—Estoy agotada —suspiró Kate dándose un relajante baño en su bañera redonda—, no hago más que darle vueltas al caso Preston.

—Cariño —respondió Sam con dos copas de champán en la mano—, olvídate ahora del despacho. —Y desnudándose para meterse en la bañera con ella dijo—: Piensa en que sólo estamos aquí tú y yo, escuchando música de Barry White con dos copas de champán, y que tenemos toda la noche.

—Vaya. —Sonrió al ver las intenciones de su marido—. ¿Me propones algo, señor Malcovich, o es mi imaginación?

—Ven aquí y te lo cuento —le respondió con una sonrisa lobuna.

Kate se dejó besar. Habían pasado seis años desde el comienzo de su relación, pero la pasión no había menguado.

—Me encanta cuando sonríes así —le susurró él.

—A mí me encanta hacerte el amor así... —Y sin dejarle decir nada más, Kate se sentó a horcajadas sobre él en la bañera y, tras agarrarle su húmedo y escurridizo pene con las manos, se montó en él y comenzó a moverse rítmicamente—. Me gusta sentirte y notar que estás dentro de mí. Me gusta ver cómo el deseo te llena la cara y la mirada, y me gusta saber que eres tú quien me pone así.

—Princesa, me vuelves loco —suspiró Sam por la sensualidad de su mujer, y agarrándola de las caderas, la ayudó a subir y bajar mientras todo él enloquecía de placer.

Aquella noche, tras haber hecho el amor repetidas veces primero en la bañera y luego en la cama, mientras descansaban desnudos sobre las sábanas, Sam le pidió a Kate:

—Cariño, dame una aspirina de tu mesilla.

—¿Te duele la cabeza? —preguntó preocupada.

—Sí, un poco —dijo él sonriendo.

Kate, abrió el cajón de su mesilla y se encontró con un paquete envuelto en papel celofán rojo, con un lazo dorado.

—Pero... ¿esto qué es? —preguntó mirándolo.

—Feliz aniversario, cariño. —Sonrió al comprobar que ella se llevaba la mano a la boca en señal de olvido.

—Sam, se me ha olvidado. No tengo perdón.

—No te preocupes. Te perdono —aseguró éste con una sonrisa a quien en realidad no le importaba que ella lo hubiera olvidado—. Ahora, ábrelo y dime si te gusta.

Con mucha ilusión, pero maldiciendo su torpeza, se quedó perpleja al ver el regalo tan precioso que acababa de aparecer al abrir la cajita. Era un anillo de oro con las iniciales de ambos en diamantes chiquititos.

—¡Es precioso! —chilló poniéndoselo enseguida, y tras darle un beso le susurró al oído—: Gracias cariño. Gracias por quererme tanto. Gracias por ocuparte siempre de todo, gracias... gracias.

Y volvieron a hacer el amor con la dulzura que el momento requería. Un rato después, se levantaron por fin, y decidieron darse una ducha rápida.

—Voy abriendo el grifo —señaló Kate dirigiéndose al baño—. Cariño, tengo sed; ¿puedes traerme agua de la nevera?

—Marchando una de agua —contestó Sam.

Cuando abrió la nevera, vio una jarra de la cual colgaba un sobrecito en el que ponía su nombre. No se percató de que Kate lo había seguido de puntillas y estaba apoyada en la puerta, deseosa de ver su reacción. Sam miró extrañado aquella nota, la abrió y al leerla no daba crédito a lo que ponía en ella.

—Feliz aniversario, tesoro —dijo Kate sonriendo.

Sam, al escucharla, se volvió hacia su mujer y acercándose a ella la besó como loco.

—¿Vamos a ser papás? —preguntó atontado.

—Sí, tesoro. Dentro de seis meses y medio exactamente. ¿Estás

contento? —preguntó Kate muerta de risa al ver cómo le temblaban las manos a su marido.

—Es la mejor noticia que me han dado en mi vida —y sonrió abrazándola.

—Pensé en comprarte algo por el aniversario. Pero luego pensé que la noticia del bebé era el mejor regalo que podía hacerte.

—Serás bruja —afirmó éste sin dejar de sonreír—, y tú haciéndome creer que te habías olvidado—. Luego la miró preocupado y comentó—: ¿Estás bien? ¿Quieres algo?

—Tranquilo, cariño, todo va bien. El médico me ha dicho que tengo que llevar una vida normal, no soy ni la primera mujer ni la última que va a tener un hijo.

—Un bebé —repitió Sam pensando en que le iba a dar todo el amor y la felicidad que él no había tenido—. Vamos a tener un bebé, cariño.

Y como cuando uno es feliz el tiempo vuela, aquellos seis meses y medio pasaron a toda prisa. Sam veía preciosa a su mujer con aquella barriguita, y aunque ella se quejaba de que estaba gorda y deforme, él la adoraba así. Cuando llegó el ansiado día, Kate rompió aguas en casa y Sam estaba tan nervioso que en el momento en que salió hacia el hospital cerró la puerta de casa con Kate dentro muerta de risa. Media hora más tarde llegaron al hospital, desde donde Sam llamó a Michael, a Serena y a Terry, quienes, al recibir la llamada que tanto habían estado esperando, volaron hacia allí. El parto fue largo y doloroso, pero a las dos menos diez de la madrugada llegó al mundo Catherine Malcovich Dallet, una preciosa niña morena que pesó tres kilos seiscientos gramos, y la cual les demostró a todos que tenía unos pulmones espléndidos, pues no paraba de llorar.

Dos años después, nació Olivia Malcovich Dallet, que pesó tres kilos doscientos cincuenta gramos, y que, al igual que su hermana, también poseía buenos pulmones.